



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

- | | |
|----------------------|--|
| Rubén DARÍO | A Roosevelt |
| José BERGAMIN | Cuatro palabras sobre el lenguaje andaluz de Medea |
| Arturo S. VISCA | El repentinismo en el rioplatense |
| Julio C. DA ROSA | La risa y la muerte en la ciudad y en el campo |
| Domingo L. BORDOLI | Cincuenta aforismos de Lao Tse |
| Gustave THIBON | Nietzsche y San Juan de la Cruz |
| Luis NOVAS TERRA | Hermann Hesse: el hombre a través de sus cartas |
| Derrick LEON | Tolstoi en trance de muerte |
| Washington BENAVIDES | Poemas |
| Luis CASTELLI | La isla del puerto |
| Omar MOREIRA | Demetrio |
| Alfredo de la PEÑA | Gente de por allá |
| Oliverio ALDEN | Concentraciones del intelecto |

35

JULIO DE 1954
URUGUAY

LA RISA Y LA MUERTE EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO

(Fragmentos de una conferencia)

por
JULIO C. DA ROSA

LA RISA

Lo primero que se ve en la ciudad de lejos, es que la gente está olvidándose de reírse. Basta pararse en una esquina y mirar las caras. O mirarlas en el ómnibus o en el café o incluso a la salida del espectáculo reidero. Todo el mundo va serio. Las caras estiradas para adelante, como si llevaran demasiado peso en la cabeza. Una gran cantidad hablando solos, hasta haciendo ademanes. ¿Qué pasa? ¿Falta acaso de qué reírse en la ciudad? ¿Qué va a faltar! Sobra. Yo confieso que he encontrado en ella los motivos más diversos para reírme como me guste. Entonces, hay que buscar en el hombre mismo, que ahí está la causa. Falta lo otro que necesita la risa para producirse. Falta salud moral, que es alegría interior; faltan serenidad, paz, sosiego, conformidad con uno mismo. Falta, en fin, esa angelical ingenuidad que sólo de la tierra sale y que tendrá que recuperar el hombre para salvarse.

Ahora, como sin la risa no se puede vivir, la gente trata de provocársela a la fuerza. Y de ahí el consumo del chiste gráfico y del cine, el teatro y el radioteatro cómico. Pero, como toda función artificial, la risa artificial es sólo para mientras actúe el impulsor. Párese quien quiera a la salida de un cine donde se pasa una de esas cintas que hacen a la gente "descostillarse de risa" como se dice afuera. Cuando mucho, un diez por ciento de los que salen, se vienen todavía riendo. Y de esos, ya algunos cerrando la boca. A la media cuadra, van todos con las caras estiradas aquéllas. Y algunos ya rezongando por cualquier cosa.

Un motivo de risa muy propio de la ciudad —y en esto supera la del Interior a Montevideo— es el hombre de afuera. El canario

o el campuso, como le llaman. Conozco el caso, porque yo hice reír mucho y a mucha gente. Hasta me seguían por la calle, como a Balladán; y a veces, andando junto con él. Entonces nos atribuíamos uno al otro, la causa de las risas y terminábamos riéndonos también. Pero ocasiones, teníamos que defendernos juntos; aunque sé bien, que después llorábamos solos. Claro que, viendo hoy alguna fotografía de entonces, uno comprende que no causaba gracia porque si no más... Pero con todo, se veía la burla en aquellas risas; incluso, la intención malevolente y un cierto placer morboso. Y lo digo ahora aquí, por lo que diré después sobre esto.

El hombre de la tierra, tiene muchos menos motivos exteriores para reírse. Ya se sabe que, por el contrario, los que abundan son los motivos para la tristeza, la reflexión o el ensimismamiento, según el paisaje. Sin embargo, este hombre se ríe mucho más que el pueblero. Aunque no lo haga tan a menudo, por faltarle precisamente ese incitante exterior. Pero quiero decir que vive con el alma más dispuesta a la risa. Y cuando se ríe, se ríe de veras. Hondo se ríe. Con todo el cuerpo; porque se sacude de la cabeza a los pies. Capaz de aflojar una silla riéndose y cuando puede, hasta al suelo se tira. A algunos les dura horas una tentación. O días; porque cuando se acuerdan del motivo, les vuelve a "venir gracia" como dicen. Y así como a aquellos otros se les encuentra hablando solos, gesticulando y haciendo ademanes, a éstos se les suele sorprender riéndose solos y a toda boca. Y son contagiosos. Con una carcajada de las que se dicen "gordas" de uno, media docena se hacen lo que le llaman ellos una "panzada de risa".

Es que además se ríen unos de otros. Y aquí está lo que anunciaba antes. Se ríen de tan amigos que son. Se conoce el grado de amistad de dos hombres de afuera que se encuentren en cualquier lado, por la carcajada que largan al verse. Y por las que siguen; porque se abrazan a las risas, se separan, se miran, se ríen más fuerte y se vuelven a abrazar. Pocas cosas tan deliciosas como ésta, se suelen ver en la vida. Por supuesto, hay que ir a verlas allá; aquí no se verían si sucediesen. No se verían por falta de perspectiva, que a veces es sinónimo de comprensión. Pero no suceden en la ciudad. De encontrarse, los dos amigos se contendrían. Y si se les llegara a escapar igual la risotada, darían lástima los dos, al quedarse enseguida todos cortados y con los colores hasta las orejas. Es que alguna vez ya se les rieron de la risa.

Bueno, habría mucho más que decir de la risa. Pero lo dicho alcanza para ver que a este hombre le está sobrando algo adentro, que le falta al otro. Tiene que estarle el alma desbordando salud —que es, como decíamos, humildad, amor, sosiego— a un hombre que se ríe hasta de sí mismo. De sí mismo. A José María uno lo encontraba muchas veces a las carcajadas por ahí solo. —¿De qué se anda riendo, José María? ¡Ge, de mí! ¡De quién más voy a réirme yo?! Y era un hombre en su sano juicio.

LA MUERTE

Un velorio en el campo es asunto muy serio. Hay un sentido tan hondo de la muerte, que conmueve. Un sentido sólo concebible en seres para los que la vida esté tan repleta de contenido. De ahí, que la muerte se les presente siempre acompañada de una desolación espantosa. Pero hay algo más grande que eso y ese algo es el sentimiento de solidaridad que engendra la circunstancia. Sentimiento individual, no colectivo. Cada uno quiere atender al doliente, como a un verdadero herido. Cada uno quiere acercarse al pecho a aquel desgarramiento. Cada uno quiere poblar con su ternura y su afecto, aquel vacío que realmente se palpa, de una vida que se fué.

En la ciudad es distinto. Nos estamos acostumbrando de tal forma a la muerte, que es para quedarse helado. De tanto ver morir, la muerte se nos ha transformado en cosa insignificante. De tanto ver morir, o quien sabe de qué! Habría que averiguar si ella no se nos está metiendo solapadamente, en este vivir de hoy.

De repente, descubrimos que es compañera íntima de lo que pensamos.

Lo cierto es que, acostumbrados a la muerte, la vida se nos está desvalorizando. En un velorio aquí, se piensa en todo, menos en lo que habría que pensar, tratándose de lo que se trata. Se habla de política, de negocios, de carreras, de bailes, etc., y a veces con los mismos dolientes. Con la normalidad y las risas de quienes estuvieran en cualquier lado menos junto a un cadáver humano; al último testimonio físico de lo que fué una vida y en el último minuto de su presencia. Y la vida, muchas veces, de un amigo o de un familiar. Pero del más alejado que fuese, se trata de la vida de un hombre. Aunque fuera por compasión de nosotros mismos,

deberíamos un poco más de silencio, siquiera, a ese pobre despojo vencido en que nos convertiremos.

Confieso que en este tema, soy capaz de exagerar. Siempre me ha sobrecogido la muerte. No sé si la temo; pero me abisma. En más de un velorio de persona sólo conocida, me han venido a acompañar el sentimiento, tomándome por doliente. Y tanto podría exagerar, que sería capaz de atribuir al contacto con la tierra, la emoción y hasta las lágrimas que en el momento del entierro muchas veces ví, en aquellos conversadores del velorio. Como si sólo aquello necesitasen, para recobrar dimensiones humanas.

Ahora, dejando a un lado esas exageraciones, habría que preguntarse si lo otro no alcanza para probar que estamos asistiendo a una gradual insensibilidad en el hombre, viéndolo desplazarse de la tierra a la ciudad.